

Homo Artis

Xabier Obeso

Lección de ingreso de Xabier Obeso como miembro de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País.

Homo Habilis, Homo Sapiens, Homo Artis o el hombre (y) del arte.

El miedo a la muerte impulsó la creación de las religiones y el arte fue su gran aliado. La necesidad de representar lo más fielmente posible los iconos y elementos rituales precisó de la habilidad creadora de algunos miembros de aquella sociedad primitiva.

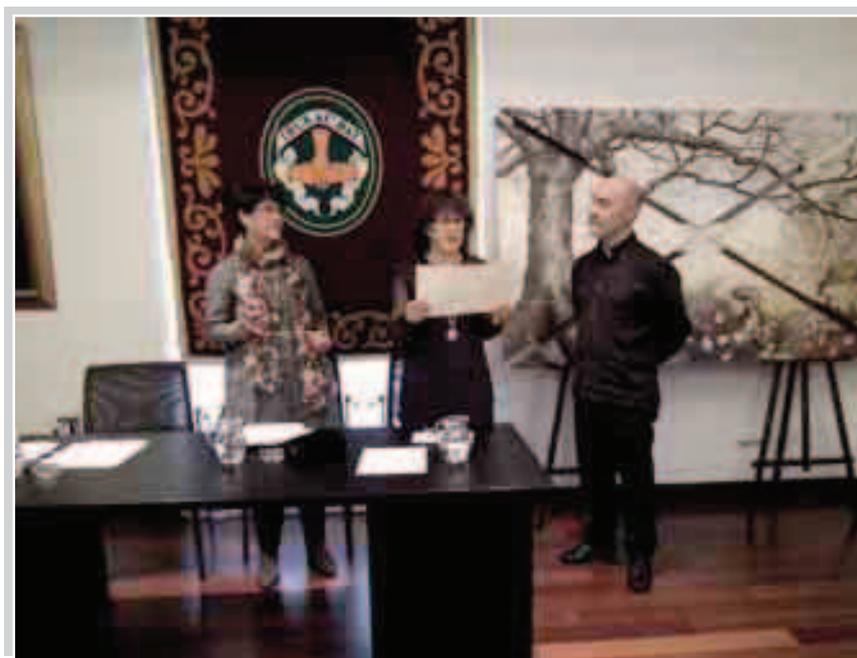
El crecimiento intelectual del homo sapiens propició el desarrollo de una serie de actividades propias y exclusivas de nuestra especie: política, religión y arte.

La política, para regular el nuevo orden social, mediante normas y jerarquías, ya que la inteligencia permitía a los humanos actuar según criterios de conveniencia y no solo en base al instinto, como ocurría y ocurre en el resto de las especies.

La religión, para mitigar el miedo a la muerte y el dolor, frutos ambos de la consciencia humana ante las consecuencias que se derivan de los acontecimientos. El ser humano sabe, por ejemplo, que la sequía traerá una mala cosecha y que consecuentemente el próximo invierno pasará hambre y, por tanto, quizás él mismo o algún miembro de su comunidad muera.

Y el arte, expresión máxima de todas las culturas y civilizaciones, que, aunque no tenga un fin determinado –más allá del mágico-religioso y/o glorificador del poder, históricamente hablando– es, a nivel individual, un medio importantísimo para obtener

la felicidad, tal y como han demostrado estudios recientes en los que se ha constatado de forma científica que el arte estimula la segregación de endorfinas, serotonina y dopamina, causantes éstas de la sensación de bienestar y felicidad. Los sentimientos se expresan mediante el gesto, la voz, la risa y el llanto. Por ejemplo, el mejor lenguaje para expresar los sentimientos y emociones producidos por la música es la danza. El salto ingravido de una bailarina describiendo maravillosas cabriolas en el aire y posándose como una pluma, a pesar de que el consciente del espectador sabe que es el bailarín quien soporta el peso de ella, es interpretado por su subconsciente como si él mismo volara, provocando una descarga de estas drogas naturales tan estimulantes e importantes para la vida.



RSBAP. De izquierda a derecha: Asun Urzainki, Montserrat Fornels y Xabier Obeso en el acto de ingreso en la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País. 29.09.2012.

El artista crea formas o sonidos que mediante su "caricaturización" o exageración consiguen una mejor percepción de la propuesta. Valga como ejemplo las mujeres de los cómics, cuyos rasgos femeninos son exagerados para conseguir una mayor voluptuosidad y despertar un mayor deseo sexual.

Así pues, si el arte actúa como una droga estimulando los circuitos neuronales, la pauta de comportamiento parece clara: consumamos arte a raudales, puesto que esta droga no tiene efectos secundarios negativos.

Hay que poner de relieve que el arte como manifestación estética y simbólica es el rasgo más diferenciador de los humanos con respecto al resto de los animales.

Si eligiéramos a cualquier personaje importante de la historia, pongamos por ejemplo a Luis XVI rey de Francia, y lo pusiéramos desnudo sobre una roca, su aspecto poco nos diría de su categoría social. Pero si adornáramos su cuerpo con ricos ropajes, capas de armiño, afeites, peluquería y joyas, y sustituyéramos la roca por un suntuoso palacio rodeado por maravillosos jardines llenos de esculturas y estanques, su aspecto sería, sin lugar a dudas, el de un gran monarca. Pues bien, si nos damos cuenta, han sido esa pléyade de artistas,

orfebres, modistas, escultores, pintores y arquitectos, quienes en realidad han operado el cambio. Al poder le resulta imprescindible la colaboración del arte y el arte se beneficia de la vanidad humana.

A lo largo de la historia el "Homo artis" ha buscado múltiples formas de expresión y múltiples lenguajes para transmitir sus propuestas artísticas. Al menos los últimos 2000 años han estado marcados por ciclos o periodos en los que una determinada forma de expresión artística ha estado de moda, enseñoreándose y anulando a otras formas o estilos. Existe una alternancia constante en dichos ciclos: a una época cuya característica predominante es la austeridad estética le sustituye otra cuya característica primordial es el barroquismo (Románico-Gótico, Renacimiento-Barroco etc.).

Curiosamente, a estas alturas del siglo XXI, nos enfrentamos al hecho de que estos diferentes lenguajes no gozan de las mismas oportunidades, es decir, que la historia se repite arrinconando a los artistas que no optan por el lenguaje de moda.

El año 2011 ocurrió un acontecimiento que pone de relieve esta cuestión. Me refiero a las exposiciones de Antonio López que se han celebrado en Madrid y Bilbao. Ambas han batido récords de asistencia de público, poniendo de manifiesto la gran aceptación que tiene este tipo de arte entre la población. Y me pregunto: es que los programadores de arte, tales como directores de museos, comisarios, ferias y diferentes espacios expositivos, ¿no se han percatado de que el arte contemporáneo no solo es el abstracto y de que el término "Vanguardista" referido a este lenguaje ya va siendo hora de revisarlo, teniendo en cuenta que el pico más alto o máxima expresión en esta línea de investigación se alcanzó con los Dadaístas y que el "Urinario" de Marcel Duchamp hace ya un siglo que escandalizó a la opinión pública de Nueva York y del mundo entero?

¿Qué ocurriría si aparecieran en escena artistas como Shakespeare, Bach o Velázquez? Pues mucho me temo que serían ignorados, por no utilizar un lenguaje moderno.



RSBAP. Lección de ingreso.

Un bien tan escaso como es el arte no debería despreciarse solo por que no esté de moda. Y al artista de hoy no le deberían bastar las formas puramente abstractas y renunciar a otras formas de expresión. Esto mismo ya lo decía Kandinsky, uno de los padres del abstracto, en su obra "De lo espiritual en el arte".

Revindico la universalidad y el eclecticismo del arte, pues me son tan propios el Renacimiento como el Impresionismo, el Magdalenense como el abstracto y el Románico o el cubismo. Y como artista del siglo XXI, me siento depositario de todos los logros y aportaciones que a lo largo de miles y miles de años nos han legado todos los creadores que nos han precedido. Ese legado introducido en el artista actual se impregna de su idiosincrasia y sale por la punta de sus dedos convertido en un arte personal y contemporáneo, es decir, imbuido de la filosofía y sensibilidad del momento histórico que le toca vivir.

Creo yo que el arte se manifiesta con múltiples lenguajes y que los ciudadanos del siglo XXI disfrutamos tanto del arte que se entreteje con una virtuosa técnica como del que se materializa en pinceladas expresionistas y gestuales, libres de todo formalismo. Aprendamos del mundo de la música, que es capaz de programar un concierto en el que se ofrecen obras del siglo XVIII junto a otras del XX de la forma más natural.

Existe la tendencia a pensar que a quien le gusta una estética no le gusta la otra. Nada más lejos de la realidad, ya que todos nos hemos educado y convivido con las diferentes formas de expresión y todas ellas nos son igualmente propias. La figuración que se ofrece en estos momentos es muy diferente a la que se hacía en los siglos precedentes, pues se encuentra impregnada de la filosofía y sensibilidad del siglo XXI. Cada artista tiene el derecho a expresarse de la manera que estime más conveniente, y el espectador a disfrutar de todas las tendencias que le sean de interés, sin que ningún "iluminado", más bien miope, decida "qué sí o qué no o quién sí y quién no", solo porque tiene el cargo o la posición que le faculta para ello, empeñándose en primar lo raro y absurdo.

No cabe duda de que el arte se manifiesta de muchas maneras y de que, cuando éste está presente, lo apreciamos y disfrutamos. Asimismo,

no cabe duda de que una parte importante de la sociedad se encuentra con el problema de "entender" el arte abstracto (o como lo queramos llamar: habrá quien simplemente lo llame "arte raro").

En cierta ocasión visitando una exposición de Julian Schnabel, en Tabacalera de Donostia, me encontré con un amigo al cual acompañaba su familia, mujer y dos hijos adolescentes. Tras los saludos, me pidieron que les ayudara a comprender lo que allí se mostraba, pues según ellos aquello parecía una tomadura de pelo. Yo sugerí que ante una obra no figurativa hay que adoptar una actitud diferente, ya que no se pueden buscar en ella los mismos valores que ante una figurativa. En este caso y libre de prejuicios, hay que dejar que lo que contemplas te mueva de alguna manera, que te produzca alguna emoción... la que sea. En una obra figurativa, buscamos la técnica, es decir, el dibujo preciso, la proporción, la composición y el color, pero detrás de todo esto buscamos el arte, es decir, esa parte inenarrable e inmensurable llamada arte, ¿quizás la emoción? Ellos me decían que aquello no era más que unos toldos viejos, castigados por las inclemencias del tiempo y amarrados a unos grandes bastidores, sin más mérito. Yo sugerí que el mérito estribaba en tener la capacidad de ver entre aquel amasijo de trastos la belleza y mostrarla al mundo. Es como el fotógrafo que selecciona un fragmento de la naturaleza y la muestra con el fin de provocar un sentimiento en el espectador. Lo mismo hace un artista figurativo que, empleando una técnica virtuosa, es capaz de mejorar el modelo mediante la enfatización o la exageración, tal y como decíamos antes, para aumentar las sensaciones.

Quizás con estas sugerencias y un poco de entrenamiento, consigamos acercarnos y disfrutar de esta forma de expresión, y gozar plenamente.

La dificultad para entender el arte abstracto no me es ajena, pues a mi mismo me ocurrió que, manteniendo una postura radical en contra de este lenguaje, descubrí de repente, al visitar una exposición de Lucio Muñoz, que lo que veía me gustaba... y mucho, poniendo en crisis todo mi discurso antiabstracto. No cabe duda de que a partir de aquel momento todas las defensas fueron cayendo, dando paso a una actitud más tolerante con estas formas de expresión.



Quiero llamar la atención sobre una cuestión sumamente importante y es que estamos rodeados de arte por todas partes en nuestra vida cotidiana. Cualquier objeto es una auténtica escultura, fruto del ingenio y la creatividad de un artista, desde el cenicero hasta la tostadora.

La mirada dulce e inocente de un niño, curiosa y atrevida de un adolescente, tierna y protectora de unos padres, serena y experta de un anciano, o pérfida fría y lacerante del mal. Si alguna de estas sensaciones está presente en una obra de arte, nadie dudará de que lo es. Detrás de lo evidente, de lo obvio, subyace eso que llamamos emoción, alma, chispa, ángel..., es decir, eso que nos hace vibrar... eso se llama arte. Y da lo mismo que esté detrás de unos trazos que modelen una escena realista, o detrás de manchas expresionistas, de sonidos sincopados y estridentes o dulces y melódicos. Si detrás hay arte, eso es lo que debe prevalecer. ¡Olvidemos las etiquetas clasificatorias y tantas veces discriminatorias! De si es arte figurativo, abstracto, contemporáneo moderno o de cualquier otra índole. Estas clasificaciones siempre traen confusiones, como ocurre en los museos, salas de arte o galerías llamadas de "arte contemporáneo" cuando en realidad deberían serlo de "arte moderno". Explico la diferencia: si fueran de arte contemporáneo, mostrarían el arte que se hace en este momento, sin distinción de estilos, tendencias o lenguajes; se exhibiría con la misma categoría cualquier forma de expresión, sea cual fuere su lenguaje. Si no es así, deberían llamarse de arte "moderno", es decir de arte de "moda", la cual todos sabemos es siempre efímera, caprichosa y, sobre todo, manipulable.

Fama y talento muchas veces se confunden, así como popularidad y calidad. Es pública y notoria la capacidad que tienen los medios para crear personajes, cuya calidad nadie se atreve a cuestionar, haciendo que la provocación parezca genialidad, y elevando a la categoría de arte moderno lo meramente absurdo y grotesco. Moderno, contemporáneo o vanguardia, no llevan implícito el marchamo de calidad. No hay arte bueno y arte malo, solo hay arte, y éste siempre es bueno. No importa la apariencia en la que se manifieste o la forma y el soporte que adopte. Cuando aparece, lo percibimos y lo disfrutamos, como una de las cosas más gratificantes de cuantas experiencias acontecen en nuestras vidas y, sin duda, una de las

manifestaciones más importantes y diferenciadoras del ser humano.

Por tanto, disfrutemos conscientes de todo lo que nos rodea, ya sea una bella puesta de sol, un cenicero o el desconchado de una vieja pared, decorado por un herrumbroso chorretón. Si estamos atentos, descubriremos que estamos rodeados de belleza, y de esta manera la vida se hará más agradable, estimulante y plena.

En muchas ocasiones, al salir de un concierto, ballet o cualquier manifestación artística que me ha emocionado, suelo decir: "¡Ahí queda eso!"; si alguien dudaba sobre la existencia del arte, he aquí la prueba definitiva, la más empírica, la más científica, la más real: la emoción propia.

Hasta ahora, he expresado mis reflexiones desde el punto de vista de una persona consumidora de obras de arte. Pero también soy creador, dentro de la modalidad de pintura, y no cabe duda de que también en mí se han operado todos los cambios y debates que la sociedad ha experimentado a lo largo de los siglos y sobre todo en los últimos tiempos, y de que dichos avatares han influido en los resultados de mi obra personal. Una obra que ha transitado desde un realismo formal y, pasando por el surrealismo, desembocado en un realismo simbólico.

Dentro del proceso de crecimiento, pasamos por diferentes etapas que nos van formando como personas. Al periodo infantil, caracterizado por la espontaneidad libre de prejuicios y ataduras, le sigue la adolescencia, llena de rabia contenida y rebeldía, y a continuación la madurez, tiempo éste de preguntas a las que tratamos de dar respuestas, intelectualizando la existencia, cultivando la reflexión y el cuestionamiento sistemático, para luchar contra el dogma. De la misma manera ocurre en mi proceso creativo. Siguiendo un método de trabajo propio del arte abstracto, construyo un fondo texturado a base de estuco, periódicos, cartones, pan de oro etc., que permite vayan aflorando los sentimientos más profundos, sin una idea previa, sin una intención preconcebida, dejando que de un modo espontáneo se vayan plasmando los colores y textura del alma. A ese periodo dulce de la irresponsabilidad y la espontaneidad, donde resulta difícil sostener la máscara, le sigue otro dominado por la intelectualización. Es

ahí donde surge la necesidad de plasmar y compartir las inquietudes y dudas, en busca de un espacio-tiempo materializado donde volcar lo que soy, lo mejor y lo peor de mí, la arrogancia y la sencillez, la dulzura y la ira, la intransigencia y la tolerancia, la luz y la sombra.

Para mí el arte es comunicación y, como tal, considero un deber y un privilegio contar mis sentimientos e inquietudes. Crítica y compromiso. No se pueden separar el arte y la filosofía, al menos en mi caso.

Para contar todas estas cuestiones, me valgo del lenguaje de los símbolos, algunos de ellos muy recurrentes, como por ejemplo:

- los ojos, que representan la curiosidad, pulsión fundamental en el avance del ser humano, y son, además, el nexo entre el mundo interior y exterior. Y, de manera especial, el ojo de Dios, o la conciencia, del cual o de la cual jamás podemos sustraernos.
- el árbol, que simboliza la vida y cuyas raíces profundas se nutren de la sabiduría acumulada durante generaciones, crean un tronco sólido y se ramifican y extienden ofreciendo sus frutos al mundo.

- las cruces y las aspas, cuyos brazos convergen en un punto utópico, de encuentro de las diferentes culturas, ideas y sensibilidades. También punto de partida para irradiar al mundo las ideas.
- los templos, símbolos de la espiritualidad, para cuyo cultivo han sido creados. Escenarios éstos de tal porte y teatralidad, que resultan idóneos para contener escenas que cuenten cosas como el miedo a la muerte, la necesidad de la confesión, la comodidad de vivir al amparo de una religión, etc.

En cuanto al cuadro que presento, homenaje a Xabier de Munibe y a su legado, recoge una serie de símbolos que tratan de plasmar el espíritu de "La Bascongada": algunos han quedado explicados en el párrafo anterior como es el caso del árbol, cuyas raíces se nutren del legado de quienes aportaron su fuerza y sus ideas, su tronco robusto que sustenta las largas ramas que ofrecen sus frutos simbolizados con las panelas de oro. Las bellas artes representadas con las notas musicales. La agricultura, la industria y otros que no creo que necesiten explicación, como es el caso del libro abierto, símbolo del futuro, cuyas páginas están por escribir; y esto ¡sí que es responsabilidad nuestra!



RSBAP. Acto de entrega de la acreditación.